

# El diversionismo ideológico del rock, la moda y los enfermitos\*

Ernesto Juan Castellanos

## 1

A estas alturas de la historia, no tengo la menor duda de que *PM*, aquel malogrado documental de Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez Leal, de 1961, fue la chispa que, sin proponérselo, detonaría el rumbo de la política cultural de la Revolución Cubana durante estos casi cincuenta años.

Entonces, los cubanos, embebidos de logros y esperanzas, no necesitaban mucho para demostrar su felicidad con un frenesí popular no común hasta entonces. Los realizadores de aquel documental, dos bisoños realizadores, cámara en mano y con deseos de mostrar en qué consistía el *Free Cinema*, salieron a las calles noctámbulas de La Habana para filmar a gente de pueblo, en sucesión de bares y cantinas, cantando, bailando, bebiendo y divirtiéndose. En dos años de Revolución, era una de las primeras veces en la historia del cine cubano que se mostraba a los negros felices.<sup>1</sup> El material se exhibió sin penas ni glorias en el programa *Lunes en televi-*

<sup>1</sup> En 1960, Fausto Canel y Joe Massott habían realizado el documental *Carnaval*. Por esa misma fecha, Néstor Almendros comienza a filmar *Gente de playa*, al estilo de *PM*, donde muestra a gente de pueblo (familias negras en su mayoría) disfrutando de las playas de antiguos ricos.

\* Conferencia leída por su autor, el 31 de octubre del 2008, en el Centro Teórico-Cultural Criterios (La Habana), como parte del ciclo «La política cultural del período revolucionario: Memoria y reflexión», organizado por dicho Centro.

## 2 Ernesto Juan Castellanos

sión, del canal 2, pero cuando se pretendió proyectarlo en la pantalla grande, la Comisión de Estudio y Clasificación de Películas del ICAIC la censuró y confiscó.<sup>2</sup>

No es mi interés definir aquí si la prohibición de *PM* se debió a un conflicto de intereses en la lucha por el poder cultural, a la colisión de divergentes corrientes estéticas e ideológicas, o a su falta de objetividad en el enfoque de la situación socio-política que vivía el país entonces. Lo que sí nadie puede negar es que la profunda polémica que sucedió a su salida del aire, puso en tela de juicio la libertad creativa de los artistas y escritores cubanos, cuestión que trató de quedar zanjada poco después, cuando los días 16, 23 y 30 de junio de 1961, en el salón de actos de la Biblioteca Nacional, algunas de las figuras más representativas de la intelectualidad cubana se reunieron con Fidel Castro, Osvaldo Dorticós, Armando Hart (entonces Ministro de Educación), y algunos otros miembros del gobierno y del Consejo Nacional de Cultura.

La intervención de Fidel al final de todos los debates, que luego se conocería como *Palabras a los intelectuales*, definiría el proceso rector de la política cultural de la Revolución Cubana. Aunque generalmente de esta reunión sólo suele subrayarse una frase capital, Fidel abordó temas que desde los primeros días de 1959 formaban parte de los planes del gobierno revolucionario, y que la polémica establecida alrededor de *PM* contribuyó a acelerar.

Aquel 30 de junio de 1961, Fidel reconoció «la existencia de cuestiones para las que la Revolución no estaba preparada aún», «una Revolución que había llegado al poder en tiempo récord, sin contar con la etapa de gestación por la que habían pasado otras revoluciones». También admitió que sus líderes no tenían la madurez intelectual de los dirigentes de otras revoluciones. Preocupaba, con toda razón, qué peligros constituían amenazas y qué batallas se debían librar, sobre todo en el campo del arte y la literatura, para ayudarla a salir victoriosa.

<sup>2</sup> El 12 de mayo de 1961, la Comisión de Estudio y Clasificación de Películas prohibió la exhibición de *PM* en salas de cine «por ofrecer una pintura parcial de la vida nocturna habanera, que empobrece y desfigura y desvirtúa la actitud que mantiene el pueblo cubano contra los ataques arteros de la contrarrevolución a las órdenes del imperialismo yanqui». «Acuerdo del ICAIC sobre la prohibición del film *PM*», ver en William Luis, *Lunes de Revolución. Literatura y cultura en los primeros años de la Revolución Cubana*, Editorial Verbum, s.l., 2003, p. 223.

La Revolución tiene que tener una política para esa parte del pueblo; la Revolución tiene que tener una actitud para esa parte de los intelectuales y de los escritores. La Revolución tiene que comprender esa realidad y, por lo tanto, debe actuar de manera que todo ese sector de artistas y de intelectuales que no sean genuinamente revolucionarios, encuentre dentro de la Revolución un campo donde trabajar y crear y que su espíritu creador, aun cuando no sean escritores o artistas revolucionarios, tenga oportunidad y libertad para expresarse, dentro de la Revolución. Esto significa que dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución nada. Contra la Revolución nada, porque la Revolución tiene también sus derechos y el primer derecho de la Revolución es el derecho a existir y frente al derecho de la Revolución de ser y de existir, nadie. Por cuanto la Revolución comprende los intereses del pueblo, por cuanto la Revolución significa los intereses de la Nación entera, nadie puede alegar con razón un derecho contra ella. Creo que esto es bien claro. ¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas revolucionarios o no revolucionarios? Dentro de la Revolución: todo; contra la Revolución ningún derecho.<sup>3</sup>

Las palabras de Fidel a los intelectuales respondían a una preocupación defensiva del gobierno revolucionario ante la posibilidad de intentos del enemigo de socavar los cimientos del terreno socio-político que recién había comenzado a construir, sobre todo ante el peligro que representaban los rezagos de gobiernos anteriores. La huida de Batista en la madrugada del 1ro. de enero de 1959 y la entrada a La Habana —y al poder— de Fidel y los guerrilleros, había sido un contundente golpe para la burguesía cubana. Aquellos que aún no habían abandonado el país trataban de adaptarse a la nueva sociedad con las mismas ideas del pasado.

Dos años atrás, el 18 de noviembre de 1959, durante la apertura del X Congreso de la CTC, al hacer referencia al ambiente disoluto de La Habana y ciertos conflictos sociales de aquellos días, Fidel había advertido:

Sabemos los desprendimientos naturales que tiene que tener la Revolución. Ya dijimos de los ratones que van a dar el gran salto al agua, creyendo que el océano es más seguro que la nave de la

<sup>3</sup> Fidel Castro, *Palabras a los intelectuales*, Ediciones del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1961, p. 11.

#### 4 Ernesto Juan Castellanos

Revolución en medio de la tempestad [...] de los que se cansan de ser patriotas, de los que se ablandan, de los que se dejan penetrar y perforar por las campañas reaccionarias. [...]. Ya sabemos los planes y las maniobras que se gestan para lanzar núcleos sociales contra nosotros, es decir, para poner a un sector del país, algo así como lo que ya están haciendo con las pandillitas... [...]. Esas pandillitas de niños «fistos» que vienen a dejar caer una mancha sobre una revolución [...]. Y ahora la quieren manchar grupitos de pepillos que realizan fechorías en Cadillacs [...].

[...] Hoy lanzan a las pandillitas de menores contra la humilde obrera de un Ten Cents o de una tienda, contra la muchacha modesta que va a montar una guagua, o contra las niñas que van a salir de una escuela, y mañana lanzarán a los mayores contra los obreros, contra los campesinos y contra los sectores humildes del pueblo, porque se ve a las claras —¡se ve a las claras!— que quieren promover la lucha social, se ve a las claras que quieren lanzar unos sectores contra otros, se ve a las claras que quieren agrupar a todos esos que andan con la siquitrilla destruida por una u otra medida revolucionaria, para lanzarlos contra los obreros y contra los campesinos y contra los sectores humildes del país.<sup>4</sup>

## 2

El 13 de marzo de 1963, Fidel clausuró el acto de conmemoración del VI Aniversario del Asalto al Palacio Presidencial, celebrado en la escalinata de la Universidad de La Habana, y se refirió a la fecha como «el momento de más alto heroísmo en la historia de nuestra universidad», a las difíciles batallas libradas en el pasado y las más difíciles aún que se estaban librando contra el imperialismo, «contra el pasado y sus ideas reaccionarias, contra el pasado y sus hábitos nefastos, contra el pasado y sus vicios, contra el pasado y sus hábitos de privilegio». Luego de abordar la adversa relación entre la Revolución y ciertos sectores religiosos, sobre todo los Testigos de Jehová, el Bando Evangélico de Gedeón y la Iglesia Pentecostal, a los que consideró

<sup>4</sup> Fidel Castro Ruz, Discurso pronunciado en la apertura del X Congreso Obrero en el Palacio de los Trabajadores, el 18 de noviembre de 1959. En *Hoy*, n° 170, 20 de noviembre de 1959, pp-1-5.

enemigos de la Revolución e instrumentos de los imperialistas, mencionó otro aspecto de igual interés y preocupación para la nueva sociedad:

Claro, por ahí anda un espécimen, otro subproducto que nosotros debemos de combatir. Es ese joven que tiene 16, 17, 15 años, y ni estudia, ni trabaja; entonces, andan de lumpen, en esquinas, en bares, van a algunos teatros, y se toman algunas libertades y realizan algunos libertinajes. [...] Claro que no chocan contra la Revolución como sistema, pero chocan contra la ley, y de carambola se vuelven contrarrevolucionarios. [...] Muchos de esos pepillos vagos, hijos de burgueses, andan por ahí con unos pantaloncitos demasiado estrechos; algunos de ellos con una guitarrita en actitudes «elvispreslianas», y que han llevado su libertinaje a extremos de querer ir a algunos sitios de concurrencia pública a organizar sus shows feminoides por la libre.

Que no confundan la serenidad de la Revolución y la ecuanimidad de la Revolución con debilidades de la Revolución. Porque nuestra sociedad no puede darles cabida a esas degeneraciones. [...] Estoy seguro de que independientemente de cualquier teoría y de las investigaciones de la medicina, entiendo que hay mucho de ambiente, mucho de ambiente y de reblandecimiento en ese problema. Pero todos son parientes: el lumpencito, el vago, el elvispresliano, el «pitusa».<sup>5</sup>

Si las palabras de Fidel a los intelectuales dos años atrás habían ayudado a definir la política cultural de la Revolución, el discurso del 13 de marzo de 1963 definiría la política social que, en lo sucesivo y durante muchos años, metería en el mismo saco a homosexuales, delincuentes, lumpens, vagos, «elvispreslianos», burgueses y contrarrevolucionarios. Desde la raíz de su preocupación, Fidel proponía un trabajo de profilaxis social, y enfatizaba una determinación política dirigida a aquellos sectores que, sin ser necesariamente contrarrevolucionarios, eran proclives a ser utilizados por el enemigo, o a caer en la órbita del rechazo a la Revolución.

<sup>5</sup> Fidel Castro Ruz, Discurso pronunciado en la clausura del acto para conmemorar el VI Aniversario del Asalto al Palacio Presidencial, celebrado en la escalinata de la Universidad de La Habana, el 13 de marzo de 1963. En *El Mundo*, nº 20, 599, 14 de marzo de 1963, pp. 5-6.

En la práctica, estas ideas se desarrollaron en los diferentes sectores que comprometían a las organizaciones de masas, políticas y sociales. La UJC, por ejemplo, trazó una línea de acción referida a los jóvenes, mientras que el PURS (Partido Unido de la Revolución Socialista) y los sindicatos obreros se ocuparon de los sectores marginales y desclasados. Por su parte, la prensa plana enfatizó y amplificó los criterios del discurso de Fidel en una dirección tan amplia que incluyó de manera directa a los homosexuales.<sup>6</sup>

Aquí me permito hacer un paréntesis para precisar que la homofobia (término que se acuñaría en Estados Unidos en 1972) no es un producto de la Revolución, sino un antiquísimo sentimiento de aversión, odio, miedo, prejuicio o discriminación hacia hombres y mujeres homosexuales, que ha existido en cualquier país del mundo sin importar credo o filiación política. Sólo en 1974 y en 1990, la Asociación Americana de Psiquiatría y la Organización Mundial de la Salud, respectivamente, dejaron de considerar la homosexualidad como una enfermedad mental, luego de extensos estudios que determinaron que no se trataba de un padecimiento, ni mucho menos un trastorno mental, sino una variante legítima de la sexualidad.<sup>7</sup>

Así que la homofobia en Cuba era, entonces, perfectamente comprensible desde el punto de vista social. Pero fue un error de la Revolución permitirle y darle una connotación política. Es cierto que la huida de Batista, y último representante de una historia de gobiernos corruptos, dejó tras de sí una visible estela de prostitución, proxenetismo, vagancia, delincuencia y vicios de todo tipo, pero considerar a todos los homosexuales como

<sup>6</sup> Como se verá más adelante, el ejemplo más ilustrativo lo constituyó el semanario *Mella*, entonces órgano de la Unión de Jóvenes Comunistas, con el enclaustrado y denigrante enfoque que le dio al tema de la homosexualidad en Cuba

<sup>7</sup> Es curioso que mientras en Cuba se veía a los homosexuales como miembros de un grupo social débil y proclive a la penetración imperialista, en los Estados Unidos les tenía como proclives a la penetración comunista. Durante los años 50, el maccartismo llevó con mano dura y al unísono tanto el llamado *Red Scare*, o la paranoia contra todo lo que oliera, pareciera y supiera a comunismo, como el *Lavender Scare*, la paranoia homofóbica contra la comunidad homosexual que trabajaba en oficinas federales estadounidenses. En 1950, por ejemplo, el gobierno expulsó a casi un centenar de homosexuales empleados en el Departamento de Estado porque consideraba que no eran confiables, pues podían ser susceptibles al chantaje de los comunistas que trataban de infiltrarse en el gobierno y obtener información secreta sobre temas de seguridad nacional (ver también nota 15).

«lumpens», «lacras sociales», «pepillos vagos», «hijos de burgueses», «degenerados mentales» y «contrarrevolucionarios» laceró a una parte de la sociedad que tardaría años en ver sus heridas curadas, amén de aquellos que no sobrevivieron a la hemorragia. Por supuesto que me es imposible citar nombres y cifras, pero en los primeros años de la Revolución no eran pocos de ellos excelentes hijos de familia, trabajadores, estudiantes, dirigentes, y hasta militares, integrados con fervor (no importaba si con mayor o menor virilidad) a la construcción del socialismo. Y muchos de ellos tuvieron que disimular su homosexualidad y reprimir sus orientaciones sexuales para no ser rechazados tanto por la sociedad como por el propio proceso revolucionario.

Por desdicha, fueron esa relegación, y posteriores etapas de ostracismo homofóbico, cada vez más feroces, las que hicieron que muchos se alejaran sin retorno del camino de la obra que se construía. Ser homosexual en Cuba representaba estar condenado a una proscripción social y política a la que entonces no encontraban explicación. Es en realidad lamentable que muchos de ellos no se hicieran contrarrevolucionarios o se fueran del país por convicción, sino inducidos por tareas «revolucionarias» de primer orden, orientadas desde círculos de poder como si fueran obras de choque.

Aquel discurso del 13 de marzo de 1963 tuvo eco en varios artículos de la prensa plana nacional, sobre todo en las revistas *Mella* y *Alma Mater*, que les dieron a las palabras de Fidel el más variado espectro de interpretaciones.<sup>8</sup> El 11 de mayo, apenas dos meses después, aparecía un texto publicado en el órgano de la Juventud Comunista que incluía criterios, valoraciones y calificativos que no habían sido expresados o esbozados por Fidel, y me gustaría que fueran notando en próximas citas, cómo, a medida que pasaba el tiempo, se iba contaminando el discurso:

Los elvispreslianos, los aspirantes, los pitusas, los niños bitongos, los «liberados» son los portadores degenerados de la ideología pequeño-burguesa, putrefacta y hedionda. Enemigos también de la disciplina, instrumentos fáciles de la contrarrevolución y lo anti-social, propagadores de mentiras y estupideces. Portadores de las peores enfermedades burguesas: afeminamiento, existencialismo,

<sup>8</sup> *Mella* desapareció en 1966 para convertirse en el periódico *Juventud Rebelde*. *Alma Mater* sigue siendo la revista de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU).

haraganería aguda, cinismo [...]. Por estos parajes se forman tertulias con personajes de esta calaña, donde casi siempre se habla de la amplitud en el arte, se rumia odio y se critica la última película soviética, y se habla del «sectarismo» buscando acomodo y justificación a su conducta anti-revolucionaria. Este movimiento de «desprejuiciados» se nutre de los elementos «aspirantes», intelectualoides, niños-bien, y otros desclasados y enfermos mentales. Comienzan recitando poemas en cualquier esquina y terminan en algunos cabaret, dando riendas a sus excrecencias y perturbaciones mentales [...]. «Liberados», «inadaptados sociales», «rebeldes del sexo», y decenas más son los nombres inventados por esta sociología [capitalista], para hacer lo que no se puede, presentar decentemente esta carroña humana [...]. Los «liberados», los feminoides, y todo el resto de esa piltrafa, han sido degenerados por esa sociedad hasta convertirlos en pacientes de las más terribles e incurables enfermedades sociales [...]. Las enfermedades están siendo extirpadas todas, y ésta no es una excepción.<sup>9</sup>

Fue la época en que se puso de moda el concepto de la «moral comunista», uno de los temas que con más profundidad e incidencia se analizaba en los centros laborales y docentes, sobre todo en los últimos, con aquellas tristemente conocidas «Asambleas por la Moral Comunista», en las que, entre otras cosas, se defenestraba a aquellos que, según ciertos criterios, no estuvieran dentro de los marcos de los principios revolucionarios. La juventud debía ser —y demostrar ser— comunista aunque no tuvieran el carné que la avalara como tal. Uno de los objetivos primarios de la batalla de la moral comunista fueron las universidades, donde pronto comenzaron las «depuraciones» de alumnos y profesores que alguna comisión determinaba no estaban de acuerdo con los lineamientos de la Revolución.

En mayo de 1963, *Mella* publicó otro artículo que se convertiría en lectura obligada en los centros de enseñanza media y superior. Hablaba sobre esa moral comunista basada en «la actitud de los jóvenes ante el trabajo, el estudio, la defensa, la conducta con sus familiares, sus sentimientos ante Cuba y los demás pueblos del mundo, su honradez autocrítica frente a sus errores y defectos, exteriorizada y en su pensamiento inter-

<sup>9</sup> «Unos ‘liberados’ atados a las peores lacras del pasado», *Mella*, n° 219, 11 de mayo de 1963, p. 3. La palabra entre corchetes es mía para ofrecer el contexto de la cita.



no, su voluntad, espíritu esforzado, coraje...». Esa era la moral nueva que debía crecer y desarrollarse con la Revolución y el Socialismo, «en contraposición con la moral vieja» que entonces había que combatir, incluida la moral «de los ‘esvispreslianos’ y pepillitos, que haraganean propagan la indisciplina, pierden lamentablemente su tiempo, y son la preocupación y sufrimiento de sus padres».<sup>10</sup>

A éste siguió, como parte de un ciclo de conferencias organizado en La Habana, un discurso de Gaspar Jorge García Galló, quien habló sobre el internacionalismo proletario, la moral burguesa, el papel del vicio y, por último, de las perversiones sexuales de los «enfermos», el nuevo calificativo que comenzó a aplicárseles a los homosexuales, y que se mantendría durante muchos años, sobre todo en su versión de «enfermitos», en el léxico homofóbico cubano<sup>11</sup>

Por eso, al tratar de las normas morales socialistas en la relación con la mujer, el hogar y la familia debemos tocar un aspecto muy serio que es el [que] se refiere a las «desviaciones sexuales». Y yo quiero decir que una de las características de nuestra moral socialista es que no transige con éstos que se ha dado en llamar ahora «los enfermos». No somos transigentes, no somos benévolos con esa llamada enfermedad. Porque lo de enfermedad es muy relativo. Nosotros creemos que la justificación que se pretende hacer de los «enfermos» reduciéndolo a un problema biológico, no es valedera. Nosotros estimamos que es —fundamentalmente— un problema social; un problema de corrupción [...]. Ese remanente está concentrado en ciertos sectores y en determinadas capas. Son muy raros los casos entre campesinos y entre los trabajadores.<sup>12</sup>

Se hacen más numerosos en la esfera de los espectáculos y, en particular, de ciertas actividades artísticas. Algunos desviados, ideó-

<sup>10</sup> «¿Qué es la moral comunista?», *Mella*, ibídem.

<sup>11</sup> García Galló era el Secretario General del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación y la Ciencia (SNTEC), miembro del Consejo Superior de Universidades y uno de los ideólogos de la Reforma Universitaria. Todo parece indicar que para su discurso tomó el término con el que, en el argot popular, se nombraba entonces a los amantes del rock, y lo traspoló al campo de la homosexualidad.

<sup>12</sup> El 13 de marzo de 1963, Fidel había dicho en su discurso en la Universidad: «Hay unas cuantas teorías, yo no soy científico, no soy un técnico en esa materia, pero sí observé siempre una cosa: que el campo no daba ese subproducto».

logos de sus prácticas torcidas, llegan a decir que el ejercicio de ciertas funciones artísticas requiere «un criterio amplio sobre lo normal en las relaciones sexuales». Estamos en contra de esa llamada amplitud de criterio. Estamos contra todos esos «enfermos», que dentro de Cuba y fuera de Cuba, dan espectáculos deprimentes que afectan el honor nacional [...]. Mientras se toman las medidas sociales que vayan cegando la fuente generadora de estas desviaciones, es preciso ir controlando el remanente que heredamos. Es posible que, integrando al trabajo productivo a una gran parte de estos «enfermos», logremos reeducarlos. Muchos son útiles. Son sensibles, inteligentes. El hecho de que comprendamos las causas de su «enfermedad no debe conducirnos a la tolerancia».<sup>13</sup>

Ya a finales de 1963 se fraguaba en las universidades «una serie de movimientos y trabajos tendientes a realizar toda una serie de tareas ya inaplazables», como el acondicionamiento de «la estructura orgánica universitaria a los requerimientos del momento, haciendo una serie de cambios que la experiencia de los últimos años indica necesarios, necesidad confirmada por la obligatoriedad de brindar lo que el país exige de la Universidad, llegando por esta vía, incluso si es necesario, a reformar la Reforma», así como la elaboración de un «documento con una estructura y organización funcional para la Universidad», la aprobación de la ley estudio-trabajo, y «otras medidas como depuración estudiantil y la depuración de profesores irresponsables».<sup>14</sup>

Esta depuración incluyó a un número considerable de estudiantes y profesores insensibles a la ideología socialista, pero también a todos cuya virilidad y fortaleza física resultaran dudosas. Poco o nada importaba que se tratara de estudiantes con intachables resultados académicos, partícipes en todas las actividades docentes y revolucionarias organizadas dentro y fuera de la universidad. Las medidas fueron tajantes y drásticas, y pocos «enfermitos» pudieron sortear la inapelable expulsión de sus facultades.<sup>15</sup>

<sup>13</sup> Gaspar Jorge García Galló, *Nuestra moral socialista*, Secretaría de Divulgación, Consejo Provincial del SNTEC, La Habana, 1963, pp.41-42.

<sup>14</sup> Editorial, *Alma Mater*, n° 22, 16 de diciembre de 1963, p. 2.

<sup>15</sup> Estas depuraciones ideológicas incluyeron además ataques a escritores homosexuales como Virgilio Piñera y José Lezama Lima, cuya novela *Paradiso* fue retirada de la venta en 1966. *El mundo alucinante*, de Reinaldo Arenas, mención en el Premio

### 3

En la misma medida que los poco viriles síntomas de homosexualidad, la moda en la juventud, primero la forma de vestir y luego el largo del cabello y el estilo del peinado, resultó fuerte objeto de preocupación y análisis en todos los niveles del aparato ideológico cubano. En su segunda edición de septiembre de 1964, al comenzar el nuevo curso escolar, *Mella* publicó un texto alusivo a la carta de un joven, inquieto porque se calificara de «desviados» a quienes les gustara vestirse al estilo moderno, y porque se les juzgara como «lumpens y enemigos del socialismo». «Como no entiendo el usar determinado tipo de modas algo incorrecto, ni que un joven revolucionario pueda desviarse por esto, es por lo que transmito mis ideas a esa sección, a fin de estar orientado al respecto», decía el preocupado joven a la dirección de la revista.

Luego de atribuir el problema de la moda a las «dificultades de todo propiciadas y puestas en práctica directamente por los imperialistas», y a «ciertas dificultades primarias que afectaron en primera instancia a los consumidores y cuya justificación, entre otras cuestiones generales, se explica por la inexperiencia de los nuevos administradores revolucionarios, surgidos de la clase obrera sin bagaje anterior de conocimientos sobre la dirección de la producción; por la falta de información sobre los nuevos estilos y combinaciones de la moda mundial», la tajante respuesta fue:<sup>16</sup>

---

UNEAC 1968, y el poemario *Lenguaje de mudos*, de Delfín Prats, ganador del Premio David de la UNEAC de ese mismo año, no fueron publicados en Cuba por su carácter homosexual (el poemario fue incinerado). Por su parte, *Los siete contra Tebas*, de Antón Arrufat, Premio UNEAC de Teatro, también de 1968, fue considerado una pieza teatral contrarrevolucionaria según el prólogo del Comité Directivo de la UNEAC. En los Estados Unidos también hubo depuraciones de homosexuales de las universidades; entre 1959 y 1963, un Comité Legislativo de Investigación, la Comisión Johns, forzó a la expulsión de un número considerable de profesores y alumnos homosexuales de varias universidades en La Florida, estado donde los actos homosexuales constituyeron delito hasta 2003.

<sup>16</sup> Una de las pocas veces que se habló sobre moda por esa fecha fue en un trabajo publicado en *Mella* en abril de 1964, al crédito de un periodista soviético de apellido Ermolaev, entonces corresponsal de *Novosti* en Cuba, quien hablaba de semejanzas y diferencias entre la moda cubana de los años 60 y la de los komsomoles soviéticos de los años 20. Para más información, ver E. Ermolaev, «Modas y juventud», *Mella*, n° 267, 13 de abril de 1964, pp.14-15.

Así es como actualmente, aprovechándose de la cierta confusión que crearon sobre la actitud revolucionaria ante las modas, aparecieron por algunas calles habaneras ciertos individuos pertenecientes a ese mismo grupo de enemigos del trabajo, ladrones, extahures [sic], exmilitares afeminados, hijos de burgueses cuyos sueños de vivir bien han sido rotos por la revolución, vistiendo determinados estilos de modas europeas, con un máximo de exageración en los diseños, aparentando ser los «revolucionarios de las modas». Estos individuos son los «lumpens», elementos que ahora sirven a la contrarrevolución y al imperialismo, tratando de influir en nuestra juventud con el fin de corromperla y apartarla de su objetivo fundamental: la construcción del socialismo. Por eso les llamamos desviados, y contra ellos los jóvenes revolucionarios habremos de librar una batalla por desenmascararlos, ridiculizarlos ante todo el pueblo y si es preciso, como ya se viene haciendo, le aplicaremos toda la fuerza y el poder del estado obrero-campesino». <sup>17</sup>

En una edición posterior, *Mella* retomaba el tema que había dejado inconcluso, pero ya aportando elementos ilustrativos de lo que era entonces la «peligrosa» moda de los «enfermitos»:

Creemos sobre tal opinión inexacta, que la misma no puede venir sino de los enemigos de la revolución que tergiversando la crítica popular contra los vagos disfrazados de «enfermitos», pretenden confundir a los jóvenes diciéndoles que el socialismo es enemigo del vestir moderno. Esta afirmación malintencionada, cuyo único fin es crear el temor de la juventud alrededor de las modas para así alejarlos de su preocupación fundamental: prepararse como constructores del comunismo, tiene sus raíces ideológicas en la propia actitud ante la vida que mantienen estos elementos. [...]. Agrupados en legiones que transitan por algunas calles de la capital, los desviados se identifican por el disfraz [...]: espejuelos oscuros, sandalias y motas. Pull-overs de cebra y camisones anchos. Pantaloncitos estrechitos. Peinados Accatone, Nerón, etc. <sup>18</sup>

<sup>17</sup> «Los desviados se esconden tras la noche», *Mella*, n° 291, 28 septiembre 1964, p. 9.

<sup>18</sup> *Accatone*, de Pier Paolo Pasolini, fue una de las películas que en 1963, junto a *La dolce vita*, de Federico Fellini, *El ángel exterminador*, de Luis Buñuel, y *Alias Gardelito*, de Lautaro Murúa, suscitaron escabrosos debates por su contenido social. Nerón era entonces también uno de los calificativos para nombrar a un homosexual.

Pelos bien revueltos y en distintos colores. Faldas bien cortas con pantorrillas al aire. Medallones con tiras largas. Patillas bien finitas. Libros en el sobaco. Todo puede combinarse. De acuerdo con el sexo. No es que el sayo siempre haga al monje, pero los «enfermitos», a diferencia de los jóvenes obreros, campesinos, militares o estudiantes, siempre tienen un modo por el cual identificarse: el vestir extravagante.<sup>19</sup>

Para una estocada semifinal —ya que luego vendrían otros sablazos más letales aún— un comunicado conjunto sin medias tintas de la Unión de Jóvenes Comunistas y la Unión de Estudiantes Secundarios, de lectura obligada en todos los preuniversitarios del país, y en el cual era fácil discernir quién había aportado la espada, decía entre otras cuestiones:

Las organizaciones juveniles de nuestro país, hemos decidido plantearles a ustedes, estudiantes secundarios, la necesidad de expulsar de los planteles a todos aquellos elementos que no son capaces de inspirarse en la obra de la Revolución, en el sacrificio de nuestros mártires, en el heroísmo presente de la juventud cubana, que tratan de vivir a espaldas del proceso revolucionario que quieren representar la ideología de los enemigos del pueblo.

Estos elementos, contrarrevolucionarios y homosexuales, es necesario expulsarlos de los planteles en el último año de su carrera en la enseñanza secundaria superior, para impedir su ingreso a las Universidades. Para ellos solamente hay dos alternativas dentro de nuestra sociedad: o convertirse en elementos deleznable, o pasar a formar parte de las filas del ejército del trabajo, y educarse allí en una actitud distinta, más acorde con la forma de pensar de nuestra juventud [...].

Estas medidas necesarias, cuya aplicación ha de ser la expresión de un desarrollo más alto de la conciencia revolucionaria del movimiento estudiantil, habrán de servir para que en las Universidades de Mella y Echeverría estudien los jóvenes que sean capaces de interpretarlas y seguir dignamente su ejemplo.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> «Los vagos se disfrazan de enfermitos», *Mella*, n° 293, 5 de octubre de 1964, p. 9.

<sup>20</sup> La universidad de Mella era la Universidad de La Habana; la de Echeverría era la CUJAE (Ciudad Universitaria José Antonio Echeverría, donde se cursaban las carre-

Ustedes son los que tienen la palabra, a ustedes corresponde aplicar estas medidas; en su aplicación nuestra función ha de ser de orientación, de organización de la actividad, pero deben ser los estudiantes, los que la apliquen. De todos ha de ser la preocupación porque no haya extremismos, porque éste sea un proceso verdaderamente ejemplar [...].

¡Fuera los contrarrevolucionarios y los homosexuales de nuestros planteles!

Donde sea, como sea, y para lo que sea, ¡Comandante en Jefe, Ordene!

¡Patria o Muerte, Venceremos!<sup>21</sup>

Como era de esperar, la reacción tanto de padres como de estudiantes preocupados fue inmediata, pero infructuosa. No era posible hacer algo contra disposiciones que venían orientadas desde instancias superiores como tareas políticas de primer orden. La suerte de los estudiantes homosexuales preuniversitarios y universitarios estaba echada, y sólo se podía correr en una sola dirección. Al mes siguiente, basada en un lógico número de inquietudes y criterios populares, *Alma Mater* publicaba un editorial dirigido básicamente a los estudiantes de la FEU:

Numerosos y variados comentarios han surgido en nuestra Universidad, y sobre todo fuera de ella, como consecuencia del Proceso de Depuración que el estudiantado está llevando a cabo en sus filas con los elementos hostiles a la Revolución. Opiniones tales como las de «cacería de brujas», «métodos cavernícolas», «histeria colectiva», «actividades extremistas», han sido echadas a rodar por algunos elementos que no entienden o que tratan de desvirtuar esta tarea que la Revolución está llevando a cabo. En estos momentos no nos preocupa el que estas opiniones sean emi-

---

ras de Arquitectura y todas las Ingenierías, hoy Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría), donde en muchos casos fue más drástica la depuración.

<sup>21</sup> El comunicado lo circularon la UJC y la UES por todos los centros preuniversitarios del país, y luego se publicó como «La gran batalla del estudiantado», *Mella*, n° 326, 31 de mayo de 1965, pp. 2-3.

tidas por elementos desafectos a la Revolución y por elementos homosexuales, sino que algunas personas honestas puedan dejarse confundir o desviarse ideológicamente del camino Revolucionario, por ello dejamos sentada hoy nuestra opinión. La depuración surge como un producto del desarrollo actual y como necesidad para el desarrollo futuro de la Revolución en el campo de la Ciencia, de la Técnica, de la Cultura, de la Economía y de la Política. Los futuros técnicos, científicos e intelectuales de nuestra Patria han de ser necesariamente revolucionarios, firmes ante el enemigo imperialista, sus variadas formas de penetración y agresión, capaces de dar la vida por la Revolución, por el Pueblo, tanto en un instante de peligro si éste se presentara como en el trabajo de cada día. No son ni los elementos desafectos a la Revolución ni los homosexuales capaces de cumplir esta tarea y por tanto no debe invertirse en ellos el producto del sudor y la sangre de nuestro pueblo para darles armas y herramientas que puedan volver contra la Sociedad. Consideramos que no es la Universidad el lugar propicio para la reeducación de estos elementos desviados del proceso Revolucionario, ni el mejor lugar para desarrollar con ellos la tarea de reincorporarse a la Sociedad, al Proceso Revolucionario [...]. Algunos pretenden, en su afán de frenar el proceso de Depuración por lo que les toca de cerca, el dividirlo en dos procesos distintos: el de los contrarrevolucionarios y el de los homosexuales. Nosotros decimos que la Depuración es una sola, que tan nociva es la influencia y la actividad de unos como de otros en la formación del profesional revolucionario del futuro.<sup>22</sup>

Fueron los tiempos en que el lenguaje oficialista referido a la homosexualidad en Cuba —sobre todo del Partido, la UJC y el resto de la pirámide ideológica hasta la base— ya no necesitaba medir sus palabras. Al parecer, mientras más soeces y humillantes fueran los calificativos, más revolucionaria y demoledora era la crítica.

Doy una última referencia para ilustrar cómo las palabras de Fidel del 13 de marzo de 1963, y su llamada de atención sobre la situación social de aquel entonces, se salieron de todo límite lógico a manos de los extremistas que se propusieron «la cura al mal» y echaron a rodar cuesta abajo la

<sup>22</sup> «Nuestra opinión», *Alma Mater*, nº 49, 5 de junio de 1965, p. 2.

pesada carga con un carácter cada vez más denigrante, represivo y alejado de los fundamentos del discurso original.

El 6 septiembre de 1965, *Mella* aseguraba, con todo conocimiento de causa, que los «enfermitos» agrupaban «contrarrevolucionarios, siquitrillados, imbéciles y anormales» que «se escudan bajo la máscara fácil del arte y la literatura», que «tratan de influir en el joven honestamente preocupado por los problemas intelectuales», y que «a pesar de sus gritos histéricos, a nadie perturban, a nadie ponen nerviosos», porque «en la construcción de un edificio nuevo, no hay cabida para cucarachas y ratones...».<sup>23</sup>

La estocada a fondo, el sablazo directo al corazón de la bestia, la dio poco después el entonces Secretario General de la UJC, Miguel Martín, en la Asamblea de la Unión de Jóvenes Comunistas de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Habana:

Así hay un grupo de problemas que son muy debatidos. Uno de ellos es el homosexualismo. Al calor del inicio de la depuración de elementos homosexuales y contrarrevolucionarios, en la Universidad esta discusión se puso más al rojo vivo [...]. Es una opinión nuestra que una Universidad no debe graduar gentes que sean homosexuales; es una opinión nuestra que la actitud de la Juventud Comunista debe ser de crear el repudio, de convertir a estos elementos en gente antisocial, de que nuestras masas los vean como lacra de la sociedad.<sup>24</sup> Hay que luchar contra la actitud de promover una cierta tolerancia filosófica, justificación filosófica que se le da en determinados círculos al problema del homosexualismo. Es cierto que esto requiere un tratamiento serio, es cierto que esto es un problema que hay que estudiarlo bien y estudiarlo desde el punto de vista científico, que requiere análisis de causa, pero es cierto también que debe ser parte de ese tratamiento crear el repudio de masa. Eso para nosotros debe estar claro.

<sup>23</sup> Enrique A. Jane, «El mundo de los diferentes», *Mella*, n° 340, 6 de septiembre de 1965, pp. 6-8.

<sup>24</sup> En el comunicado de la UJC/UES de mayo de 1965 se les daba a los homosexuales la alternativa de auto-convertirse en elementos deleznable. El discurso de Miguel Martín les daba ahora la tarea a los estudiantes revolucionarios de «convertir en gente antisocial» a los que aún no se habían auto-inmolado.



Pero es necesario también que los jóvenes que no han demostrado una actitud correcta ante sus estudios, en la disciplina del plantel, que muestren determinadas desviaciones que puedan expresar en ellos algún tipo de blandenguería pequeño burguesa y que sean apáticos a las actividades revolucionarias que realiza el estudiantado, sino expulsado de los planteles, por lo menos, antes de ganar el derecho a ingresar en nuestras Universidades, cumplan una tarea honrosa que tiene la juventud cubana actualmente, ingresar en el Servicio Militar Obligatorio, y que después, acorde con su comportamiento en nuestras gloriosas Fuerzas Armadas Revolucionarias, puedan cubrir en sus expedientes las lagunas que hoy tienen, y que les impiden ingresar en nuestras Universidades.<sup>25</sup>

El Servicio Militar Obligatorio al que se refería Miguel Martín, en realidad no estaba en unidades militares fusil en ristre, sino en unidades de trabajo duro que se habían comenzado a instaurar en Camagüey dos meses antes. Y no se llamaba SMO, sino que tenía siglas diferentes: UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción), donde fueron confinados, sin excusas y en igualdad de condiciones, miles de homosexuales, religiosos —sobre todo Testigos de Jehová—, y jóvenes verdaderamente antisociales. El objetivo era preciso y claro: reeducarlos hasta «hacerlos hombres» de la nueva sociedad, y cubrir así aquellas convicciones y «lagunas» sociales, morales e ideológicas que los habían llevado allí.

#### 4

Muchos se estarán preguntando por qué un investigador sobre el rock imparte una conferencia sobre diversionismo ideológico y le dedica veintinueve cuartillas al tema de la homofobia y las llamadas lacras sociales en Cuba durante los años 60. La respuesta es sencilla: el artículo de la revista *Mella* de septiembre de 1965 bien pudo haber dicho que aquel «mundo de los diferentes» incluía a «contrarrevolucionarios, siquitrillados, imbéciles, anormales y *rockeros*».

Por una asociación fácil de comprender sobre la base de los elementos antes expuestos, a los seguidores y cultores cubanos del rock, que no nece-

<sup>25</sup> Miguel Martín, «Tenemos que desarraigar los rezagos de la ideología pequeño-burguesa en el movimiento estudiantil», *Juventud Rebelde*, 24 de enero de 1966, p. 4.

sariamente tenían que ser «elvispreslianos» o «pepillitos», ni tampoco entonces se les conocía como rockeros, se les midió con el mismo cartabón que a los homosexuales y a los lumpens en todos sus estratos. Y muchos de ellos compartieron similares dosis de calificativos, incomprensiones y proscripciones, desde el rechazo social o los procesos depurativos en las universidades hasta la reclusión en los campamentos de rehabilitación de las UMAP.

Para hacer justicia a la verdad, este ostracismo rockofóbico no siempre fue así. Con el triunfo de 1959, dos años después de que el rock and roll se posara con pie firme en algunos sectores de la cultura cubana, éste no le representó a la Revolución un reto inmediato. Muchas emisoras de radio siguieron transmitiéndolo, a la vez que las casas discográficas y las victrolas de muchos bares, bodegas, fondas y restaurantes mantenían su buen stock de discos de artistas y agrupaciones rockeras estadounidenses.

Pero las constantes provocaciones del gobierno de los Estados Unidos, el secuestro y asesinato de pescadores cubanos, los intentos contra la vida de altos dirigentes políticos, instigados y financiados por la CIA, las agresiones y sabotajes de grupos contrarrevolucionarios, la ruptura de las relaciones diplomáticas entre La Habana y Washington, y la subsiguiente imposición de un bloqueo naval y económico a la Isla, propiciaron que la Revolución, entre otras actitudes de defensa, reevaluara el arte como una de sus armas y un medio para enfrentar diferentes formas de penetración ideológica imperialista en su juventud.

Esa reevaluación nació dos meses después de declarado el carácter socialista de la Revolución, en aquellas tres jornadas en la Biblioteca Nacional en 1961, en las que Fidel y el grupo de intelectuales presentes comenzaron a armar el nuevo frente cultural dentro de los marcos y estética de la Revolución.

Aquella sucinta frase de Fidel, «dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada», como bien diría Desiderio Navarro, «sacada de su contexto y en manos de toda clase de hermeneutas y exegetas circunstanciales», se asumió, como también sucedería después con su discurso del 13 de marzo de 1963, con la más variada pluralidad de interpretaciones.<sup>26</sup> Quizás la menos acertada fue el rígido dogma que adoptaron los círculos de poder que decidían el rumbo de la política cultural. Simplemente dicho,

<sup>26</sup> Desiderio Navarro, «*In medias res publicas*», *La Gaceta de Cuba*, n° 3, mayo-junio de 2001.

todo lo que no estaba dentro del marco de principios ideológicos, éticos y estéticos encauzados por la Revolución estaba, sin medias tintas, en contra de ésta.

Fortuitamente o no, la primera crítica a la música rock aparecida en Cuba después del 1.º de enero de 1959 vio la luz en agosto de 1961, dos meses después del ya mencionado encuentro de Fidel con los intelectuales. Luis Ortición, un columnista del periódico *Revolución*, decía en un artículo que

lo peor no es ese jovencito que canta y toca el piano y hace música y dice llamarse Paul Anka [...]. Lo peor es que muchas de nuestras radioemisoras estén divulgando toda esa bobería musicalizada y confundiendo el gusto de nuestro pueblo [...]. Lo mejor, pues, es olvidarse de Paul Anka y sus rocanroles [sic]: un pésimo producto musical que el imperialismo yanqui ha logrado vender a precio de oro.<sup>27</sup>

Fue aquel derecho de la Revolución de fiscalizar los medios de divulgación que ejercieran una influencia negativa en el pueblo, el que sacó de circulación al documental de Cabrera Infante y Jiménez Leal, como también hizo con las victrolas que había en las bodegas, bares, fondas y restaurantes del país, además de las casas discográficas que tenían a su cargo los derechos de comercialización de artistas estadounidenses, casi todos los programas musicales dedicados a la juventud, y las radioemisoras cubanas promotoras de rock and roll como la CMOX y Radio Kramer.

Ese fue el primer adiós a la música popular anglófona, interpretada entonces como símbolo de blandenguería ideológica y malsana influencia imperialista en la juventud cubana.

## 5

Cuando los Beatles lanzaron al mercado británico su primer disco, en octubre de 1962, tampoco representaron un reto inmediato para la ideología revolucionaria porque todavía les tomaría un año y medio penetrar el mercado discográfico estadounidense. Fue precisamente ese momento, luego de su aparatosa entrada a los Estados Unidos en febrero de 1964 —y la

<sup>27</sup> Luis Ortición, «Lo peor no es Paul Anka», *Revolución* (suplemento), agosto 1961, p. 4.

*extravaganza* del rock que acompañó a la invasión británica— cuando la atención de los comisarios ideológicos recayó sobre una potencial contaminación de los «cuatro peludos» a la juventud cubana. Y con el fin de preservar incondicionalmente los valores culturales nacionales y fortalecer la sociedad de nuevo tipo, la Moral Comunista, el espíritu de sacrificio y la filosofía del «estudio, trabajo y fusil» en la juventud, la Revolución terminó por desplegar sus escudos de defensa ante la posible penetración cultural imperialista.<sup>28</sup>

Pero se fue al otro extremo. A pesar de que la diatriba cubana era contra el gobierno y la política de los Estados Unidos, todo músico popular foráneo con el mínimo síntoma de anglofonía en las letras de sus canciones, sin importar si era británico, australiano, sueco o japonés, quedó condenado al mutismo y total desaprobación de la radio y la televisión, o a efímeras menciones en la prensa plana. Y peor aún, lejos de comprender e integrar a los jóvenes cubanos con inclinación hacia la música rock a la nueva obra social que construía, la Revolución optó por marginarlos y aislarlos junto a sus inclinaciones culturales. Comenzó a alejar así a una importante cantera de jóvenes a quienes, en respuesta, tampoco les interesó comprenderla a ella. Muchos, al igual que sucedió con los homosexuales, fueron convertidos, a la fuerza, en contrarrevolucionarios.

Uno de los pocos intelectuales que mostró preocupación por el tema en la prensa nacional fue el cronista Orlando Quiroga. El 24 de febrero de 1964, Quiroga escribió en las páginas del periódico *Revolución*:

Cada vez la pregunta es mayor en las cartas: ‘¿Por qué no nos dan jazz, baladas, twist y bossa nova?’ Esa incomunicación con los ritmos modernos del mundo, mientras el mundo toca los ritmos cubanos, es inadmisibile. Ya nadie va a creer que el jazz es imperialista ni que los gusanos estúpidos van a tomarlo como bandera. Y nosotros tenemos derecho a preguntar lo que nos llueve en la correspondencia de jóvenes revolucionarios: ‘¿Por qué no hay programas de radio para la juventud?’ [...]. Los que se ponen frente al progreso por extremismo e incultura son aplastados por él.<sup>29</sup>

<sup>28</sup> Resulta curioso que, mientras en Cuba y otros países socialistas, el rock y los Beatles eran vistos como armas ideológicas del imperialismo, para ciertos círculos políticos de los Estados Unidos, éstos constituían armas del comunismo.

<sup>29</sup> Orlando Quiroga, *Hoy*, 24 de febrero de 1964.

Quiroga, un homosexual revolucionario, tenía entonces una sección fija, muy popular, en la revista *Bohemia*, «De viernes a viernes», que abordaba algunos temas culturales de la semana. Desde *Bohemia* y el periódico *Hoy*, escribió también los primeros artículos que se publicaron en Cuba acerca de los Beatles, en fecha tan temprana como 1964. Pero, por desdicha para él, su incursión en temas culturales escabrosos y prohibidos en otros medios, no tardó en recibir la tajante crítica de la COR<sup>30</sup> y la ridiculización por parte de *Mella* en una serie de caricaturas salidas de la pluma de su director artístico, Virgilio Martínez.<sup>31</sup>

De igual manera que homosexuales y contrarrevolucionarios fueron considerados la misma cosa, homosexuales y rockeros también comenzaron a serlo.

Al gato comisario no iba a ser fácil ponerle el cascabel.

## 6

No fue hasta 1966 que la radio le abrió las puertas, aunque a medias, al pop y al rock anglosajón, a diferencia de la televisión y la prensa plana, que demorarían mucho más, y en el caso de la televisión, muchísimo más. Con la salida al aire del programa *Nocturno* en Radio Progreso, y luego, de manera paulatina, *Festival* y *Sorpresa Musical* en Radio Liberación, *La terraza*, *Música por correo*, *Favoritos de la gente joven*, *¿Qué tal, gente joven?* en Radio Cordón de La Habana, y *De* en Radio Rebelde, se comenzaron a combinar, unos con más tropiezos que otros, ritmos cubanos y extranjeros. Incluso *Nocturno* llegó a usar una canción de los Beatles como su tema de cierre. La música que hasta entonces había circulado, y todavía

<sup>30</sup> Comisión de Orientación Revolucionaria, que en 1965 se convertiría en el DOR (Departamento de Orientación Revolucionaria), subordinado a la Secretaría Ideológica del PCC. Para leer el testimonio de Quiroga sobre la crítica por parte de la COR, ver mi libro *John Lennon en La Habana with a little help from my friends*, Ediciones Unión, La Habana, 2005, p. 114.

<sup>31</sup> Las historietas más crueles, homofóbicas y anti-Beatles publicadas en *Mella* bajo la firma de Virgilio fueron «Nace una estrella», «De viernes a viernes, por Soplando Virola», «Vida y milagros de Florito Volandero» y «La metamorfosis de Hermenegildo Sorullo». La portada del número 326, del 31 de mayo de 1965, en particular, resumía ese sentimiento homófobo y la distorsión de la política de «estudio, trabajo y fusil» esbozada por la Revolución, con la representación de estos cuatro personajes tirados en el piso y siendo aplastados por las botas de un Pucho estudiante, uno machetero y otro militar.

lo hacía, de manera clandestina de mano en mano y muchas veces camuflada dentro de carátulas de discos cubanos porque seguía siendo considerada imperialista, empezó a tener cabida, primero con más sutileza y luego de manera más abierta, en algunas emisoras radiales del país, siempre que sus directores respetaran el celoso balance en por cientos de un mayor número de temas nacionales que foráneos, algunas veces hasta extremos de una sola canción extranjera por emisión.

Aparte de la coacción y el miedo a sufrir las peores consecuencias a quienes fueran descubiertos escuchando un disco de música «americana», ya se había probado otra infinidad de técnicas, fórmulas y remedios caseiros para tratar que la juventud se olvidara de aquellos excomulgados ritmos imperialistas, pero sin resultados alentadores para los ideólogos de bata blanca detrás del experimento. Una de las más absurdas conjuras, en medio de la gran crisis que entonces enfrentaba la música cubana, fue la fabricación de ritmos «criollos» que trataron de emular el éxito del mozambique, como el pa'cá, el guapanchá, el mozanchá, el cha-onda, el gua-guá, el upa-upa, el chiqui-chaca, y demás *chaca-chacas* que, como todo lo que se fabrica y no nace, morían antes de que alguien pudiera cogerles el ritmo.

Entonces, a partir de 1967, los censores del ICR idearon una efectiva estrategia para hacerles frente a las exigencias de la juventud de escuchar aquella música extranjerizante, que estaba dentro de la categoría de lo que entonces se conocía como «música moderna». Algún sesudo descubrió, quizás luego de un feliz viaje a Europa, que en España había artistas —algunos de ellos en realidad bastante desconocidos— que versionaban piezas de muchas de las agrupaciones americanas e inglesas que tanto les gustaban a los jóvenes cubanos. Pero con una saludable diferencia: cantaban en español.

Fue la mejor opción, para contrarrestar no tanto el rock como los «dañinos efectos del idioma del enemigo». Así, las emisoras cubanas de radio se colmaron casi hasta la asfixia de una avalancha de grupos españoles como los Fórmula V, los Brincos, los Pasos, los Mitos, los Mustang y demás lamentables combinaciones que no hacían más que interpretar aquellos mismos ritmos prohibidos en Cuba, pero en castellano. De esa manera se solucionó un problema, y los cubanos quedaron condenados a escuchar imitaciones mediocres en lugar de la música original «imperialista».

Pero muchos de los radioyentes más exigentes no satisfacían su apetito con aquellas edulcoradas versiones de la invasión española, ni tenían pa-

ciencia para esperar a que algún programa de moda radiara una de sus canciones preferidas, así que decidieron buscarlas en varias estaciones extranjeras que entonces entraban con mucha claridad en el dial cubano, las cuales generalmente sintonizaban a bajos volúmenes para evitar discrepancias con quienes censuraban ese tipo de acción, sobre todo los directores, profesores y dirigentes estudiantiles de mano dura, y algún que otro exacerbado cederista del barrio. De esa manera fueron asentándose en el gusto popular emisoras que transmitían por onda corta, como la BBC de Londres, Radio Netherland y la Voz de los Estados Unidos de América; o la KAAY de Little Rock, Arkansas; la WLCY de Tampa, la WKWF de Key West, y la WQAM y la WGBS, ambas de Miami, que lo hacían por amplitud modulada.

Se hizo común, casi una costumbre de «onda», que alguien llevara consigo un radiecito de pilas a los encuentros de amigos en la playa o en lugares céntricos de El Vedado, sorteando el siempre latente riesgo de la fatal aparición de un agente del orden o de un extremista que la emprendiera contra el grupo, sobre todo si estaba «adornado» con jóvenes de pelo largo, pantalones apretados, faldas muy cortas, o con alguna revista extranjera, o algún disco con letras en inglés en la mano.

Por desdicha, hubo por aquella época muchos casos de autotitulados «revolucionarios de Patria o Muerte» que, escudados tras uniformes y carnés de los más diversos orígenes, solían organizar piquetes de furibundos extremistas y, empuñando filosas tijeras, acudían a las zonas más concurridas de El Vedado, sobre todo La Rampa, para arremeter contra cualquier joven cuya apariencia personal no fuera de su agrado. Entonces, al estilo de las cuadrillas de linchamiento de las películas de Hollywood, inmovilizaban a la víctima, le desmochaban el cabello, le cortaban los pantalones a lo largo de toda la pierna si no estaban suficientemente holgados, y le caían a trompones y patadas al «culpable» si se defendía, casi siempre con absoluta impunidad ante las autoridades que acudían al lugar y se llevaban detenida a la víctima por «escándalo público» y «conducta impropia».

El ejemplo más subido de color de estas represalias contra la juventud que se resistía a la moda del almidón y los pantalones con filo, ocurrió en la noche del 25 de septiembre de 1968, cuando un operativo policial a gran escala arrestó y confinó durante días, semanas e incluso meses, a numerosos grupos de jóvenes que se encontraban en La Rampa, cerca del hotel Capri y de la heladería Coppelia, en El Vedado. En el jamo policial cayen-

ron, por igual, aquellos que en realidad solían delinquir en la zona, los que solían reunirse por allí simplemente para conversar y escuchar música, y los desafortunados que sin tener nada que ver ni con unos ni con otros, pasaron por el lugar equivocado en el momento equivocado.

Tres días después, en el discurso de celebración del VIII aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución, en la Plaza de la Revolución, Fidel observó:

En nuestra capital, en los últimos meses, dio por presentarse un cierto «fenomenito» extraño, entre grupos de jovencitos y algunos no tan jovencitos [...] influidos entre otras cosas por la propaganda imperialista, que les dio por comenzar a hacer pública ostentación de sus desvergüenzas. Así, por ejemplo, les dio por empezar a vivir de una manera extravagante, reunirse en determinadas calles de la ciudad, en la zona de la Rampa, frente al hotel Capri, y allí ¿a qué creen ustedes que se dedicaban? Algunos se dedicaban a corromper muchachas de 14 y 15 años y a promover la prostitución en niñas prácticamente de 14, 15 y 16 años, sirviendo de enlace con extranjeros de tránsito por Cuba, con marineros de embarcaciones de países capitalistas que se hospedaban por esa zona. [...]. Y he ahí un camino ideológico, donde surgen esas manifestaciones con la tendencia de revivir esas lacras, de vender mujeres —y no mujeres, ¡de vender niñas a extranjeros de tránsito en este país! Andar buscando el problema de los cigarrillos americanos de los marineros, a llevar sus radecitos de pila para mantener ostentadamente su condición de aficionados a la propaganda imperialista, realizar hurtos y actos delictivos de distinto tipo, romper teléfonos —los teléfonos que son gratis, del pueblo, y que no rompían cuando eran de un monopolio yanqui—, meterse en las escuelas a destruir el material, a destruir banderas cubanas, a destruir retratos del Che. Y cosas por el estilo, haciendo ostentación de sus extravagancias.<sup>32</sup>

Los detalles de aquel arresto masivo de jóvenes no se publicaron de inmediato. No fue hasta el 12 de octubre, dos semanas después del suceso,

<sup>32</sup> Fidel Castro Ruz, Discurso pronunciado en la Plaza de la Revolución con motivo del VIII Aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución, en la Plaza de la Revolución, el 28 de septiembre de 1968. En *Granma*, 29 de septiembre de 1968, pp.1-4.



cuando el periódico *Juventud Rebelde*, bajo los titulares «Los chicos del cuarto mundo», «Destruído un sueño yanqui», «¿Cómo pensaban y actuaban las bandas juveniles convertidas en vehículo de la propaganda imperialista», «Una lección moral inolvidable», «¿Esto es lo que usted quiere para su hijo?», y «¿La medicina?: educación por medio del trabajo», presentaban a página completa la parte de la balanza de los chicos malos, con las fotos de siete niños «descarriados» que en realidad daban más pena que ira, y las portadas de tres revistas musicales norteamericanas como ejemplos de «literatura ligera, banal, propaganda barata al ‘american way of life’ en la cual se inspiraban».<sup>33</sup>

Pero resulta irónico que mientras las escuelas, la radio y la televisión gastaban sus mejores empeños en desterrar la música popular anglosajona del gusto de la juventud cubana, en uno de los edificios del ICR, a un costado del Pabellón Cuba, se pensaran placas con la selección musical preferida hasta por los más exigentes, que pagaban \$5 por un disco de cartón de dos canciones y \$20 por uno de aluminio con ocho temas. Y el extremo de la falta de lógica era que, mientras estaba prohibido hablar sobre los Beatles y el rock en las escuelas, *Juventud Rebelde*, el órgano de prensa de la Unión de Jóvenes Comunistas, los mencionaba para bien y casi diario, a fines de los años 60.<sup>34</sup>

## 7

La supervivencia del rock en Cuba durante la década del 70 representó un desafío más difícil de sortear que su débil existencia en los años anteriores. Aún cuando el número de programas que radiaban «música moderna» aumentó, la reacción de la prensa plana y el azote de los comisarios políticos tomaron un camino diferente, y durante mucho tiempo apenas se hicieron referencias al rock que no fueran fuertes impugnaciones ideológicas. Muchos censores y críticos aparentemente no lograban comprender el fenómeno y se lanzaban de bruces contra una tendencia cultural que estaba ganando terreno en casi todo el mundo por sus abiertas posiciones contra la

<sup>33</sup> «Los chicos del cuarto mundo», *Juventud Rebelde*, 12 de octubre de 1968, p. 8.

<sup>34</sup> El mejor ejemplo fue la sección «¿Qué hay de nuevo?», a cargo del periodista Pedro Herrera, quien firmaba con el seudónimo de Gabriel y actualizaba a los lectores, con asombrosa prontitud, con las últimas noticias internacionales sobre los Beatles.

guerra en Vietnam, contra el racismo, la discriminación de la mujer, y a favor de un sinnúmero de movimientos sociales, civiles y políticos afines a la política exterior y lineamientos ideológicos de la Revolución.<sup>35</sup>

Todo esto parece encontrar su causa en otro encuentro de intelectuales cubanos. El 20 de marzo de 1971, el poeta Heberto Padilla había sido arrestado durante varias semanas por oficiales de la Seguridad del Estado por considerarlo contrarrevolucionario, lo que suscitó una carta abierta a Fidel que se publicó en el periódico *Le Monde*, de París, firmada por varios intelectuales europeos y latinoamericanos que habían estado en Cuba y apoyaban la causa revolucionaria. Al ser liberado, Padilla protagonizó un grotesco y patético *mea culpa* público en la UNEAC, al que arrastró a un grupo de importantes escritores, que tuvo como reacción una segunda e indignada carta de un mayor número de intelectuales.<sup>36</sup> Fue, sin dudas, uno de los momentos más tensos y delicados por los que han pasado la Revolución y la cultura cubanas.

Por esos días estaba planificado un congreso de educadores, y la situación hizo que se convirtiera en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, celebrado en La Habana entre el 23 y el 30 de abril, en el cual participaron mil ochocientos delegados de todo el país. A pesar de que se debatieron diversos puntos de interés en el campo de la educación, los aspectos más sensibles se analizaron en las comisiones de cultura, sobre todo en las relacionadas con las modas, costumbres y extravagancias, la sexualidad, la actividad cultural y los medios masivos de comunicación.

El Congreso definió al arte como un arma de la Revolución, como un producto de la moral combativa de nuestro pueblo, y a la vez como un instrumento contra la penetración del enemigo. Al analizar el tema de las modas, las costumbres y las llamadas extravagancias de algunos jóvenes, los acuerdos finales del Congreso dejaron claro que aunque algunas manifestaciones de «extravagancia y exhibicionismo» no debían «constituir centro

<sup>35</sup> En julio de 1969 se había celebrado en Nueva York el Festival de Woodstock. Alrededor de medio millón de jóvenes (irónicamente la misma cantidad aproximada que entonces estaba peleando en Vietnam) escucharon durante tres días a algunas de las figuras más significativas del rock nacional entonar sus puntos de vista contra la escalada estadounidense en el sudeste asiático. Luego sucedería algo parecido en Isle of Wight, Inglaterra, en Canadá y en otras ciudades estadounidenses. La prensa cubana jamás dio a conocer la existencia de estos festivales y conciertos protesta.

<sup>36</sup> En realidad hubo varias cartas de intelectuales, incluso anteriores a la publicada en *Le Monde*, pero esas dos fueron las más trascendentales.

de atención de la Revolución por estar restringidas a grupos minoritarios y generalmente marginales», ésta debía «orientar una política consecuente en relación a la moda, que con una acción positiva neutralice o impida la entrada de tendencias de la moda que se originen en países capitalistas de gran desarrollo». Por ello se hacía necesario:

...mantener la unidad monolítica ideológica de nuestro pueblo y el combate a cualquier forma de desviación en los jóvenes. Se diferenció la aberración extravagante, generada unas veces en la asimilación acrítica de manifestaciones similares de grupos extranjeros, y otras, por la actitud contrarrevolucionaria de microgrupos que las utilizan como mecanismos de identificación entre sí y de protesta contra la Revolución, siendo necesario en ambos casos el enfrentamiento directo y su eliminación. Se alertó sobre los grupos extravagantes extranjeros y su actitud en la putrefacta sociedad burguesa, aunque no necesariamente sean expresión de lucha revolucionaria sino de evasión de la realidad enajenante de esa sociedad, llevan en su seno un germen de protesta. Tal antagonismo contra el sistema capitalista no puede entenderse que sirva de ejemplo o estímulo a nuestros jóvenes que tienen la posibilidad de su realización individual en la construcción comunista.<sup>37</sup>

En cuanto al tema de la sexualidad, el Congreso hizo un marcado énfasis en lo que continuó llamando «desviaciones homosexuales» como mal patológico. «Quedó claro el principio militante de rechazar y no admitir en forma alguna estas manifestaciones ni su propagación». La comisión que analizó el asunto llegó a la conclusión de que:

...no es permisible que por medio de la «calidad artística» reconocidos homosexuales ganen influencia que incida en la formación de nuestra juventud. Que como consecuencia de lo anterior se precisa un análisis para determinar cómo debe abordarse la presencia de homosexuales en distintos organismos del frente cultural. Se sugirió el estudio para la aplicación de medidas que permitan la ubicación en otros organismos, de aquellos que siendo homosexuales no deben tener relación directa en la formación de

<sup>37</sup> «Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura», *Casa de las Américas*, núms. 65-66, marzo-junio de 1971, pp. 10-11.

nuestra juventud desde la actividad artística o cultural. Que se debe evitar que ostenten una representación artística de nuestro país en el extranjero personas cuya moral no responda al prestigio de nuestra Revolución.<sup>38</sup>

En el tema de la actividad cultural, el Congreso señaló, como tarea insoslayable,

...la revisión de las bases de los concursos literarios nacionales e internacionales que nuestras instituciones culturales promueven [...]. Al mismo tiempo, se precisa establecer un sistema riguroso para la invitación a los escritores e intelectuales extranjeros, que evite la presencia de personas cuya obra e ideología están en pugna con los intereses de la Revolución, específicamente con los de la formación de las nuevas generaciones, y que han desarrollado actividades de franco diversionismo ideológico alentando a sus amanuenses del patio. Los medios culturales no pueden servir de marco de proliferación de falsos intelectuales que pretenden convertir el esnobismo, la extravagancia, el homosexualismo y demás aberraciones sociales, en expresiones del arte revolucionario, alejados de las masas y del espíritu de nuestra Revolución.<sup>39</sup>

Me he extendido un poco en el Congreso con toda intención. Puede resultar curioso que haya sido en el análisis de la presencia de escritores e intelectuales en la formación de jurados en los concursos literarios internacionales, y no en el enfoque de los problemas relacionados con la moda, la extravagancia, la homosexualidad y la música de agrupaciones extranjeras (que tenían en realidad una incidencia más directa en la juventud), donde por primera vez en la historia de la política cultural cubana se haya hecho referencia, al menos de manera pública, al tema del diversionismo ideológico. Pero es fácil entender que el temor de la Revolución se basaba en la presencia e incidencia directa de extranjeros que pudieran socavar, desde

<sup>38</sup> Ob.cit., pp. 13-14.

<sup>39</sup> Ob.cit., p.16.

<sup>40</sup> Aunque el *Breve diccionario político* compilado y redactado por L. Oníkov y N. Shishlin (Editorial Progreso, Moscú, 1983) haya definido el diversionismo ideológico como un «método de 'guerra psicológica', propaganda provocadora por radio, televisión y en la prensa, enfilada contra los países socialistas, los movimientos comunista internacional, obrero y nacional liberador, contra los regímenes políticos progresistas»,

dentro, la moral revolucionaria.<sup>40</sup> La música rock, las emisoras de radio y canales «de afuera», y la «extravagancia» en los hábitos del vestir fueron entonces vistos como armas de penetración cultural que se podían controlar por diversas vías represivas internas, pero no así las posibles maniobras de zapa que pudieran ejercer en la juventud cubana algunas figuras internacionales, a quienes el Congreso definió como «intelectuales pequeñoburgueses pseudoizquierdistas del mundo capitalista que utilizaron la Revolución como trampolín para ganar prestigio ante los pueblos subdesarrollados», e «intentaron penetrarnos con sus ideas reblandecientes, imponer sus modas y gustos e, incluso, actuar como jueces de la Revolución».<sup>41</sup>

A partir de 1971, a raíz de aquel encuentro de educadores, escritores y artistas, y hasta la instauración del Ministerio de Cultura en 1976, transcurre ese lánguido y controvertido período de la historia de la política cultural cubana, que luego Ambrosio Fornet definiría como «el quinquenio gris», aunque algunos se empeñen en reiterar, unos con más razones que otros, que el color nunca fue tan claro ni la duración tan breve. Lo cierto es que las parametraciones del «pavonato» eran parte de la respuesta a ese mal

---

en su concepto original en el ámbito de los órganos de inteligencia militar, el término «diversión político-ideológica» define programas de acciones políticas e ideológicas encubiertas, dirigidas a la desestabilización del socialismo desde dentro de la propia sociedad socialista, a través de medios y métodos secretos, creación de instituciones, estructuras paralelas, establecimiento de políticas de contacto, búsqueda de puntos de apoyo e intercambios, y demás maniobras de zapa accionadas desde dentro del país donde se llevan a cabo. En Cuba y otros países socialistas, el término sufrió una disfunción lingüística y semántica, y se definió como diversionista ideológico a todo aquel que se vistiera «extravagantemente», tuviera una revista extranjera, escuchara rock, sintonizara emisoras radiales foráneas, o hiciera chistes o críticas sobre el socialismo, sin valorar que en realidad la diversión política-ideológica es una especialidad dentro de un conjunto de sistemas de acción del enemigo para socavar los cimientos del bando contrario. El Primer Congreso de Educación y Cultura lo vio y refirió en su concepto original, en cuanto al temor de la presencia de intelectuales extranjeros que pudieran estar realizando maniobras ideológicas de zapa entre los escritores y artistas cubanos. Pero enseguida el concepto se contaminó, al emplearse para identificar acciones ideológicas sin que necesariamente estuvieran respaldadas por servicios de inteligencia de los Estados Unidos.

<sup>41</sup> Hasta el momento había venido a Cuba un número considerable de intelectuales europeos y latinoamericanos —e incluso varios conformaron jurados de concursos literarios—, cuya ideología no siempre concordaba con los principios estéticos de la Revolución. Algunos de ellos firmaron las varias cartas abiertas dirigidas a Fidel que sucedieron al caso Padilla.

del «diversionismo ideológico» que supuestamente comenzaba a carcomer varios estratos de la sociedad.

El Primer —y único— Congreso Nacional de Educación y Cultura devino una especie de agua bendita, limpieza ideológica y reorientación cultural en el sector artístico y educacional, y no dejó un sabor agradable en un amplio sector del arte y la intelectualidad cubanos, por mucho que se quiso mostrar su rostro purificador. Fue, sin dudas, catalizador de una subsiguiente etapa de fuertes críticas, censuras, represiones, exclusiones y prejuicios ideológicos que por desdicha perduraron demasiado tiempo en la historia de la Revolución.

## 8

Ni en la conferencia que Raúl Castro dictara a dirigentes del gobierno y del Partido, y a jefes y oficiales del Ministerio del Interior el 6 de junio de 1972, pocos meses después del Congreso, titulada «El diversionismo ideológico, arma sutil que esgrimen los enemigos contra la Revolución», ni en las Tesis y Resoluciones del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado en La Habana entre el 17 y el 22 de diciembre de 1975, donde se le dedicó especial atención al tema del diversionismo ideológico, se mencionó una sola línea en contra del rock, la moda, o los homosexuales.

Sin embargo, en marzo de 1975 se aprobó la Ley 1267 —que modificaba la Ley 1166 de Justicia Laboral—, en la cual se agregaba un inciso relativo a «El homosexualismo ostensible y otras conductas socialmente reprobables que proyectándose públicamente, incidan nocivamente en la educación, conciencia y sentimientos públicos y en especial de la niñez y la juventud por parte de quienes desarrollen actividades culturales o artístico-recreativas desde centros de exhibición o difusión».<sup>42</sup> Por primera vez, la ostentación homosexual tenía un carácter oficialmente ilegal. Mas al año siguiente, el Tribunal Supremo invalidó la Resolución número 3 del Consejo Nacional de Cultura referida a los «parámetros» que excluían a los homosexuales de trabajos en el campo de la educación y el arte: los defenestrados por el «pavonato» podían recuperar, si así lo deseaban, sus empleos y derechos laborales.

<sup>41</sup> *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, 12 de marzo de 1974, pp. 117-118.

<sup>42</sup> Partido Comunista de Cuba, Congreso, 1ro., La Habana, 1975. *Tesis y Resoluciones*, Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central de Partido Comunista de Cuba, 1976. pp. 223-225.

Mientras los objetivos socio-políticos de la Revolución avanzaban en pos de «librar una lucha contra el burocratismo, egoísmo, individualismo, acomodamiento, vagancia, —sociolismo—, localismo y demás rezagos pequeño-burgueses del pasado», así como para «luchar contra el subjetivismo, contra la propaganda de los ‘adelantos deslumbrantes’ del capitalismo y de sus sociedades de consumo, contra el acomodamiento y la vanidad, contra toda manifestación de liberalismo, fraccionalismo y otras debilidades», la posición de los medios y de ciertos dirigentes y comisarios ideológicos en relación con el rock y la moda parecía quedar estancada en el lodo.

A pesar de que paulatinamente se comenzó a desdibujar la analogía entre homosexuales, rock, lacra social y contrarrevolución, que era propia de la década anterior, las impugnaciones durante casi todos los años 70 tomaron otro rumbo. Órganos de prensa como *El Caimán Barbudo*, de la UJC; *Revolución y Cultura*, del Consejo Nacional de Cultura; *Moncada*, del Ministerio del Interior; *Verde Olivo*, de las FAR; *Música y Casa*, de Casa de las Américas, y *La Gaceta de Cuba*, de la UNEAC, o sea, casi todas las publicaciones seriadas de entonces, se volcaron en réplicas que hicieron diana en el rock como manifestación artística “consumista”, “diversionista”, “desintegradora”, “corruptora”, “enajenante”, “psicodélica”, “hippy”, “repugnante”, “genocida musical”, “colonizadora” y “desorientadora de los pueblos de América Latina”, entre otros calificativos de ese corte fóbico.

Muchos de aquellos ataques y críticas al rock no estuvieron esta vez a cargo de ideólogos y censores, sino de intelectuales y musicólogos, quienes, supuestamente, tenían elementos para evaluar (o devaluar) esta manifestación artística y denigrarla hasta los más bajos niveles sociales, estéticos e ideológicos. Vale la pena señalar los textos, en orden cronológico de aparición: “Quilapayún: Un arma contra la penetración cultural (Entrevista con los integrantes del conjunto folklórico chileno Quilapayún)”, en *El Caimán Barbudo* (nº 46, mayo de 1971, pp.16-21); “Jane y el popeliarismo», de Hilario González, en *La Gaceta de Cuba* (nº 101, marzo de 1972, p.26); “Encuentro de Música Latinoamericana”, de Adolfo Cruz Luis, en *El Caimán Barbudo* (nº 62, noviembre de 1972, pp. 16-17); “Música y liberación (Mesa redonda)”, de Carlos Piñero Loredo, en *Casa de las Américas* (nº 76, enero-febrero de 1973, pp. 117-121), “Música para colonizar”, de Olavo Alén, en *El Caimán Barbudo* (nº 82, septiembre de 1974, pp. 12-15), “El colonialismo cultural en la música”, de Leonardo Acosta, en *Revolución y Cultura* (Nos. 30-31, febrero-marzo



de 1975, pp. 60-67); “Apuntes sobre la música occidental (última parte): El verdadero colonialismo”, también de Leonardo Acosta, en *El Caimán Barbudo* (nº 90, mayo de 1975, pp. 12-14); “Música de consumo”, del mismo autor, en *Revolución y Cultura* (nº 32, abril de 1975, pp. 53-61); la trilogía “Un rock super star sin Jesucristo”, de Danilo Orozco González, en *El Caimán Barbudo* (nº 120, noviembre de 1977, pp.4-5, 29, 31; nº 121, diciembre de 1977, pp. 22-23, 30; y nº 122, enero 1978, pp. 20-21); “El rock de hoy... ¿y mañana?”, de Leonardo Acosta, en *Revolución y Cultura* (nº 71, julio 1978, pp. 58-65), “Los Punk: algo feo y repugnante”, de Ángel Tomás González, en *El Caimán Barbudo* (nº 131, noviembre de 1978, pp. 12-13, 23), por sólo citar algunos títulos.

El rock seguía siendo el chico malo. Durante casi toda la década, ese fue el corte de lo publicado acerca de él en la prensa cubana. Ni siquiera las noticias que tuvieran que ver con algunos de los sucesos culturales más importantes descorrieron el rígido velo de la intolerancia. Si los críticos y censores hubieran querido ver y escuchar, se habrían enterado de que en países tan imperialistas y colonizadores como Estados Unidos o Gran Bretaña, el rock se estaba usando como bandera de oposición a la guerra en Vietnam, la discriminación del negro y la mujer, la política exterior de sus gobiernos y las injusticias sociales del mundo. Y, mejor aún, hubieran aprendido de primera mano que los enemigos políticos e ideológicos del rock eran los mismos enemigos de la Revolución.

Pero habría que esperar un poco más. Tanto cultores como seguidores del repudiado ritmo «imperialista» siguieron siendo durante algún tiempo, «diversionistas», «subversivos», «extravagantes» y «contrarrevolucionarios».

## 9

El rock y los Beatles nunca estuvieron «oficialmente» prohibidos en Cuba, ¿pero el hecho de que no hayan sido leyes por escrito excluye a la censura y a los excesos contra ellos de su carácter oficialista? No lo creo. Es cierto que el tema jamás se abordó en blanco y negro, mas el alcance, magnitud y consecuencias de lo sucedido en Cuba en términos de exclusiones, persecuciones y fuertes críticas ideológicas y políticas al pelo largo, al rock, a la moda extranjera y al homosexualismo, fue mucho más allá de un caso fortuito en un plantel docente, un centro de trabajo o un CDR del barrio. Y aunque también es cierto que muchas veces estas acciones represivas eran



de carácter individual, sus efectos, siempre desde posiciones de poder, no pudieron ser más colectivos y masivamente dañinos. Vale la pena señalar que el desarrollo social de la Revolución también ha sufrido de la soterrada política interna de la ley verbal, etérea y anárquica, y de la facultad que se confiere al cubano para fraguar disposiciones, definir patrones, prohibir y dejar hacer, sin necesidad de que medie ley oficial alguna.

Y así, mientras que «nadie» prohibió nada, «nadie» tampoco hizo nada para evitarlo.

A John Lennon le tomó cuarenta años sentarse «oficialmente» en un parque de La Habana y convertirse en un «ejemplo de verdadero revolucionario» luego de ser visto, durante décadas, como uno de los peores síntomas de diversionismo ideológico que pudo padecer un joven en Cuba. ¿Es que acaso Lennon cambió y se hizo un mejor hombre con el tiempo? No, porque ya estaba muerto. Es la mentalidad de los doctrinarios la que comenzó a distinguir lo verdaderamente dañino de aquellas cosas triviales que en gran medida frenaron su desarrollo político, social y cultural durante décadas de oscurantismo ideológico.

Con frecuencia lamento cuánto perdió la Revolución al no haber sabido abrir las puertas y atraer a nuestra causa, y a nuestra casa, lo más contestatario del rock protesta de los años 60 y 70, en el que muchos jóvenes del mundo tenían puesta su mirada de manera paralela a la atención que le prestaban a la lucha del pueblo cubano. Y me imagino, ¿por qué no?, cuánto hubiera ganado con festivales de rock, al estilo de Woodstock o de Isle of Wight, en La Habana o en Varadero. Me es fácil conjeturar que el rock anti-establishment estadounidense no hubiera encontrado mejor escenario para lanzar su mensaje contra la guerra de Vietnam y a favor de las mismas causas sociales y políticas que defendíamos nosotros.

Pero me atrevo a asegurar que eso hubiera sido difícil de lograr, porque entonces aún quedaban dinosaurios hibernantes que preferían seguir pensando que el rock era imperialista y que su germen de protesta no era necesariamente «expresión de lucha revolucionaria sino de evasión de la realidad enajenante de esa sociedad putrefacta». Y durante muchos años lo mantuvieron como síntoma de diversionismo ideológico, junto a cosas tan banales como hablar inglés, tener el pelo largo o andar en shorts.

Esos eran, en el fondo, más contrarrevolucionarios que los que trataban de acusar.

Por fortuna, en Cuba ya no se acusa a nadie de diversionismo ideológico. Siguen existiendo el rock, los homosexuales y el pelo largo, pero éstos

ya no son vistos como síntomas de ese mal. Mas aun cuando parezca que ya esas exclusiones quedaron atrás, la realidad demuestra que la grieta no está totalmente cerrada ni las heridas del todo curadas. Muchos de aquellos prejuicios aún siguen vivos, y la mentalidad de ciertos conservadores y extremistas con poder, más lamentable en el caso quienes tienen a su cargo decisiones que atañen a la política cultural de la Revolución, no parece haber cambiado mucho en las últimas cuatro décadas, y aún marginan estas tendencias a planos inferiores y discriminatorios. Sí, ya se hacen festivales de rock en toda la Isla, pero también se exhiben *spots* televisivos que vinculan a los jóvenes, al rock y al pelo largo con las drogas y las indisciplinas sociales.

Les tomó décadas a los rockeros y a los homosexuales que se les reconociera el derecho a ser participantes de la construcción de la nueva sociedad. Le ha tomado muchos años a la Revolución ir comprendiendo que el fenómeno rock y el homosexualismo no son para nada lacras sociales, aberraciones sexuales, rezagos del pasado, ni símbolos de diversionismo ideológico. Ha costado mucho trabajo hacer entender que el rock, la moda y la homosexualidad no eran, ni son, ni serán, enemigos de la Revolución; y que la delincuencia, la vagancia y la marginalidad son fenómenos con raíces de otra naturaleza.

Espero que esta realidad haya quedado comprendida. Quizás sea bueno recordar aquellas palabras de Fidel a los intelectuales en junio de 1961, cuando aseguró que en esta Revolución cabemos todos, «porque ésta es obra de todos nosotros: tanto de los ‘barbudos’ como de los lampiños; de los que tienen abundante cabellera, o de los que no tienen ninguna, o la tienen blanca. Esta es la obra de todos nosotros».

La Habana, 28 de octubre de 2008